

cidad entonces hace su aparición en un país que no tenía pobres¹.

Así es como las iglesias, católicas ó protestantes, procuran extenderse en todo el mundo, mucho más por la conquista del poder que por la alegría de abrazar nuevos hermanos. En esas condiciones, las recientes anexiones de tribus no pueden ser más que apariencias. El aumento de territorio coincide con un decrecimiento positivo de la fe. Si miles de misioneros protestantes, que disponen de un presupuesto suficiente para un Estado de segundo orden, predicán sus doctrinas más ó menos concordantes á millones de Hindus y de Chinos, de amarillos y amarillentos, ello no impide que en los mismos países de donde parten los propagandistas, los principios del dogma primitivo no resistan los ataques que se les dirigen, y que nuevas ideas que indican la influencia razonadora de los irreligiosos penetren cada vez más en la enseñanza de las iglesias. Así también, si la propaganda católica se ejerce en el mundo entero y si gentes que hablan centenares de lenguas diversas aprenden á decir en latín *Pater noster* y *Ave Maria*, si edifican iglesias en todas partes, no por eso se obtiene la juventud y la sinceridad del movimiento inicial. La religión puede continuar extendiéndose, pero ¿qué importa si de los manantiales no brota ya el agua santa de otros tiempos, si, á pesar de las tradiciones y las encíclicas, la Iglesia trata de reconciliarse con las aspiraciones del siglo, y, cesando de apoyarse sobre las verdades eternas, intenta acomodarse á las cosas perecederas?

El dominio del cristianismo queda ya limitado. Naturalmente, se ha aumentado con las poblaciones engendradas por esclavos. Los negros de los Estados Unidos profesan los diversos cultos cristianos que les fueron impuestos por sus amos. Lo mismo sucede en las Antillas y en el Brasil, como en la región de los Andes, donde los aborígenes sedentarios fueron también convertidos á la fuerza: «El crucifijo ó la muerte». Pero en las comarcas donde los Europeos no disponen de la libertad y de la vida de los naturales, éstos continúan guardando como un tesoro sus supersticiones íntimas, á las cuales se mezclan naturalmente todas las impresiones nuevas que les

¹ Félicien Challaye, *Cahiers de la Quinzaine*, 16 Enero 1902, págs. 53 y siguientes.

vienen de sus relaciones con el extranjero. Apenas se declaran cristianos más que los parásitos que tienen interés en adular á los recién llegados, en vivir de las migajas que caen de las mesas de sus festines. Así se ha formado en China, en las Indias y en Africa una turba muy despreciada alrededor de las iglesias y de las capi-



TONELAJE DEL AGUA DEL JORDÁN

Cl. P. Sellier.

En el centro un « coronel », representante del *International River Jordan Water C.º*, sociedad proveedora á ciertas sectas americanas de agua del Jordán para el bautismo y hasta para el consumo — á este efecto el agua es cocida y filtrada. — A los lados del delegado americano, el gobernador de Jericó y el representante del patriarca de Jerusalem.

llas, mientras que la masa ambiente de las naciones prosigue su evolución bajo la influencia de los inmigrantes de raza europea.

Repítese muy frecuentemente, como consagración de un hecho indiscutible, que el Islam prosigue muy rápidamente sus conquistas en Africa y en Asia, pero esta afirmación corriente sólo tiene una realidad exterior, por decirlo así.

Los Fulbes, los Mandingas y los Haussas, que son las principales naciones musulmanas de África, no sólo tienen conciencia de su superioridad sobre las tribus negras dispersas, sino que poseen una mayor fuerza de expansión que les es dada por la afición al comercio, y hasta cierto punto por el deseo de propagar su fe y de enseñar su saber. Tienen la ventaja capital de presentarse con el sentimiento de la solidaridad islámica en medio de pueblos sin cohesión. A ellos, pues, corresponde la fuerza de ataque, y el negro que se convierte al Islam cree elevarse un grado entre los hombres. Además los blancos, poseedores de los territorios africanos, suelen atraer á los comerciantes sin preguntarles su fe, y esos comerciantes son precisamente Mandingas y Haussas, discípulos de Mahoma. Desde que los Alemanes establecieron la colonia de Togo, la ciudad haussa y musulmana de Kete nació en el país posterior, y al final de 1902 algunas caravanas de la misma nación se fijaron en diversas partes del Kamerun¹.

Sí, los que se llaman discípulos del profeta aumentan en número cada año, pero respecto del fervor religioso, ¡cuán lejos está nuestro siglo del tiempo en que el Islam guerreaba por la conversión de los pueblos y el exterminio de los infieles! Los musulmanes chinos, que estuvieron antes á punto de romper la unidad del imperio, al Oeste en el Kan-su, al Sud en el Yun-nan, han acomodado su fe al culto de los antepasados, es decir, se practican los cultos nacionales en su parte más esencial. Del mismo modo, los musulmanes hindus, que, por el número, constituyen el grueso del ejército mahometano, han mezclado á sus ceremonias muchas formas que les harían considerar como herejes por sus correligionarios de Arabia. Hasta los más celosos de los musulmanes, los Senousiya, en quienes se ha querido ver fanáticos encarnizados en el asesinato de los infieles y en la propaganda constante en favor de la guerra santa (H. Duveyrier), han practicado noblemente y casi siempre los deberes de la hospitalidad hacia el viajero blanco, y las guerras entre mahometanos y soldados de las potencias cristianas jamás han tenido otro origen que el ataque directo ó la opresión por parte

¹ F. Wurz, *Die mohamedanische Gefahr in Westafrika*.

de los Europeos. Si hay adoradores de Allah que han conservado toda la fe de los tiempos pasados y su santo horror hacia el profano, la mayoría de los supuestos discípulos del profeta sólo es religiosa en la apariencia. Únicamente se ve á los marabuts, es decir, á los que viven de su fe ficticia ó real, entregarse á invocaciones y practicar las abluciones reglamentarias. Los Musulmanes suelen limitarse á ciertos actos exteriores, como los católicos indiferentes, cuyos dedos han conservado el movimiento maquinal del signo de la cruz. El ayuno del Ramadan, como entre los católicos la comida de viernes, es la práctica por excelencia que constituye toda la religión de los mahometanos olvidados del fervor de los antepasados.

Se ha dicho que el Islam conservó durante el siglo XIX su carácter belicoso en todas partes donde se halló en contacto con otras religiones; sin embargo, el carácter confesional de las guerras suscitadas quedó en general esencialmente secundario, y las diferencias de cultura, de lenguas, de costumbres y de intereses económicos, fueron casi siempre las causas primeras de los conflictos. Así ha sucedido en las guerras de Mauritania entre Franceses y Árabe-Bereberes, en las luchas tan frecuentemente renovadas en la Balkania entre Búlgaros, Servios, Macedonios, Albaneses, Turcos y Rusos; en las expediciones inglesas por el Afghanistan, en las campañas por el Turkestán y en las revoluciones de los Hoi-Hoi y de los Panthé en el imperio chino. Verosímilmente habrá otros conflictos, pero cada vez se desvanecerán más los pretextos religiosos ante las causas sociales. Las excitaciones á la guerra santa no encuentran ya eco suficiente en la masa. El Islam es mucho más tolerante que habitualmente se supone en Occidente. Mientras se profese «que no hay más dios que Dios y que Mahoma es su profeta», conformándose exteriormente con la ley musulmana, se pueden explicar los dogmas libremente. De ahí tantas sectas heterodoxas, toleradas con benevolencia, que van «desde el monoteísmo más absoluto al antropomorfismo más rudo ó al panteísmo más refinado, y de la austeridad más rígida al edonismo más complaciente»¹.

¿Por qué centenares de millones de mahometanos, que están

¹ Edward G. Browne, *Questions diplomatiques et coloniales*, 15 Mayo 1901, p. 593.

en contacto con la civilización europea, le son refractarios y aun hostiles? No es que ellos no admitan también la ciencia y sus aplicaciones diversas: bien han dado en el pasado admirables y abundantes pruebas del deseo de aprender que les anima y de su potencia intelectual; pero entonces los musulmanes, entre los cuales todos los pueblos y todas las razas estaban representados, tenían la fuerza de iniciativa y poseían el ascendiente necesario para hallar fácilmente los conocimientos y los medios de estudio que necesitaban. En nuestros días todo está trastornado. Los dominantes en civilización se presentan realmente como superiores, diciéndose y creyéndose tales: su actitud es mortificante, y, como tal, rechazada con cortesía aparente ó con fingida indiferencia, pero en realidad con indignación. Precisamente los que se proclaman los maestros por excelencia, es decir, los misioneros, los religiosos, los maestros de escuela, pertenecientes á tal ó cual confesión cristiana, son quienes se presentan ante los musulmanes. Es moralmente imposible que no les rechacen en seguida; la psicología humana lo exige; imposible obtener otros resultados. En vez de hacerse recibir como huéspedes, esperando modestamente que se les interrogue, los maestros comienzan por declararse «cristianos», ó sea enemigos jurados hereditarios de los musulmanes, y su primer acto consiste en blasfemar delante de aquellos á quienes se ambiciona convertir en discípulos; seguros de la impunidad, puesto que tienen la fuerza material, se declaran defensores de la «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo», lo que es una pura abominación para el monoteísta que les escucha; el hijo del Islam se pregunta cómo el Dios único, «que no es engendrado y que no engendra» tarda en lanzar sus rayos contra el blasfemo. El supuesto educador comienza su trabajo por un ultraje.

Verdad es que todos los Occidentales instruidos distan mucho de ser cristianos, ó al menos lo son muy parcialmente, aunque sin saberlo, y sólo conservan algunas reminiscencias de la moral y de las preocupaciones recibidas con el catecismo y la escuela; pero basta que esos no-cristianos se presenten bajo los auspicios de una potencia cristiana, basta que estén bajo la protección de un cónsul ó de un ministro, que éste obedezca las órdenes de las congregaciones,

de los curas ó de los pastores, para que se les clasifique entre las mercancías que cubre el pabellón cristiano, y la ciencia que aporten parecerá tan desnaturalizada y tan repugnante como la de los fervientes cristianos. En

este concepto, ¿de qué potencia europea han de desconfiar menos los musulmanes convencidos? ¿No es el soberano de Inglaterra el «defensor de la fe»? ¿No es el czar de Rusia el jefe religioso de la ortodoxia? ¿No tiene el emperador de Alemania en una mano la espada y en la otra el Evangelio? ¿No es Italia la capital del Papado? En cuanto á Francia, pudo creerse que representaría, después de su gran revolución, una civilización puramente laica y que, aparte de todas las religiones, se atendería á la

religión universal; pero se sabe que políticos que se creen muy hábiles, han declarado, por el contrario, que «la razón no es un artículo de exportación». Los anticlericales en la madre patria se creen obligados á ser clericales en el extran-



UN MÁRTIR VOLUNTARIO EN EL CÁUCASO
Del cuadro de Verestchaguine.

¹ Cheikh Abdul Hadgk, *Revue*, 1.º Marzo 1902.

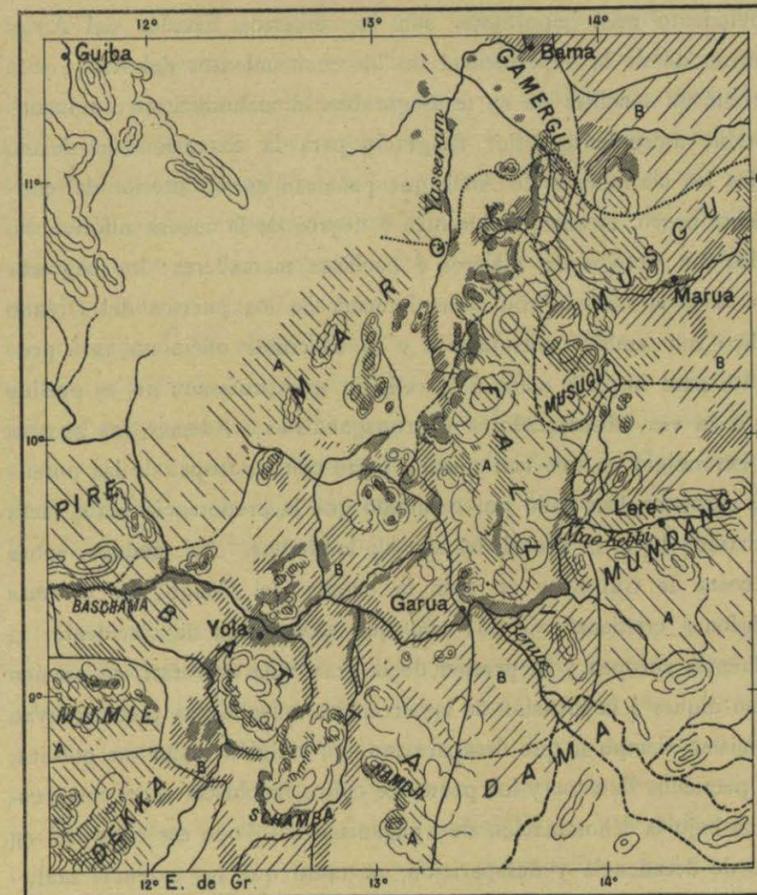
jero. Tal es la razón por la que la política de Francia en el Oriente mediterráneo continúa la de las cruzadas, francamente cristiana, es decir, antimusulmana, y, como es natural, no puede menos de suscitar desconfianza y odio. En la Mauritania — en Argelia, en Túnez, en Marruecos —, no podría hacerse lo mismo, so pena de suicidio colectivo: allá sería gran locura declararse estrictamente cristiano, lo que por otra parte sólo sería cierto para un número absolutamente ínfimo de inmigrantes. Todo lo más el gobierno central ha tenido la tentación de llamarse «árabe» ó «musulmán», lo que en sentido inverso hubiera sido tan malo como ser «francés» ó «cristiano». El hecho es que, prácticamente, el espíritu de tolerancia, ó, por mejor decir, de indiferencia, llegará á predominar. En contacto con el Europeo, é ignorando las cosas religiosas en la gran mayoría de sus representantes, el movimiento que se produce entre los musulmanes se descompone naturalmente en dos tendencias opuestas. Una de esas tendencias es á resistir, á hacerse creyente más ortodoxo, más acercado á la pureza del dogma: efecto del odio al opresor¹. La otra, produciéndose principalmente en la multitud, consiste en entregarse á las nuevas influencias, en abandonar gradualmente la fe primera, conservando únicamente los ritos más usuales, cuyo sentido primitivo se pierde poco á poco.

Hasta las peregrinaciones contribuyen en parte á disminuir el fanatismo musulmán. Verdad es que el viaje á la Meca contribuye, más que el Corán y la enseñanza de los imanes y de los marabuts, á conservar la unidad del Islam, porque la visita de la Kaaba reúne cada año, en congreso de multitudes, hombres pertenecientes á todas las partes del mundo, y le somete á las mismas influencias: es natural que la amistad y la solidaridad de los peregrinos creen la gran unión de la fe entre el Mogreb de las costas del Atlántico y la provincia china de Yun-nan. Sin embargo, las expediciones de los visitantes de la Meca, lo mismo que antiguamente las de los cruzados marchando hacia Jerusalem, no son debidas únicamente al fanatismo religioso: el amor de las aventuras, la curiosidad de ver países y hombres y sobre todo el instinto del tráfico contribuyeron á ellas

¹ Edm. Douffé, *Questions diplomatiques et coloniales*, 1.º Octubre 1900.

en gran parte; los caminos de peregrinación son también vías comerciales por excelencia y muchas caravanas tienen en ellos su mercado diario. Vambéry atribuye á los numerosos viajes de los Persas

N.º 585. Avance del Islam en Adamaous.



Según el *Globus* (1907, 2, p. 200), el rayado A representa el territorio de las antiguas religiones naturistas; el rayado B cubre los territorios adquiridos por el Islam, principalmente los fondos de los valles. La intensidad del rayado indica la densidad de la población.

hacia los santuarios de Kum, de Meched y de Kerbela el sentido práctico y la viva inteligencia que distinguen á esta nación. Los peregrinos se instruyen y se hacen superiores á sus vecinos seden-

tarios¹. Ordinariamente, el *hadj* que no hace de sus recuerdos de la Meca una explotación lucrativa y no tiene un interés directo en fanatizarse, tiene la inteligencia más clara y por consiguiente menos candidez religiosa que su compatriota que ha permanecido sedentario.

Las comarcas en que la invasión del Islam presentaba antes el movimiento más importante, son los diversos Estados del África central, donde la superioridad de los conocimientos del Árabe y la majestuosa sencillez de su fe aseguraban al mahometismo un incontestable ascendente. Por desgracia para la extensión del Islam, todos los adoradores de Allah que penetran en el interior del continente negro, Arabes, arabizantes ó negros de la cuenca nilótica, no todos son peregrinos, viajeros ó pacíficos mercaderes: los negreros que todavía trafican con carne humana en los puertos del Océano Indico son también musulmanes y su execrable oficio no es á propósito para inspirar amor á la religión que profesan: no es posible ser á la vez atormentadores y propagandistas. Además, las guerras de exterminio en que han tomado parte con las tropas de las potencias europeas, han dado por resultado que la prepotencia árabe fuera rechazada hacia el litoral del mar de las Indias. Así también, sobre la costa de Guinea y en toda la cuenca del Congo, las diversas religiones cristianas y, más aún que esos cultos de Occidente, la influencia europea y la presión de la gran vida universal, se oponen como diques á la invasión de las creencias musulmanas y contribuyen al mismo tiempo á que desaparezcan, en religión como en política, los pequeños Estados y los pequeños cultos fetichistas antes comprendidos bajo la denominación de «paganismo». Todo ese caos está en vías de decadencia y desaparición, en tanto que las extensas multitudes comprendidas bajo las etiquetas comunes de las religiones y de las naciones dominantes, aumentan sin cesar. Es una preparación indirecta á la gran confederación de los hombres.

Suele considerarse el budhismo, injustificadamente, como la religión que comprende el mayor número de sectarios. Á lo menos ha dejado su huella y algunas partes de su enseñanza en la inmensidad del Asia, desde el cabo Comorin hasta las penínsulas extremas de

¹ *Sittenbilder aus dem Morgenlande*, p. 274.

Siberia. Además, merced á su acción sobre el catolicismo, la religión primitiva de la que nació el budhismo obra todavía sobre todo el mundo occidental por su herencia de ceremonias, de cánticos, de letanías y de eurtmia corporal. Y ocurre que dos ó tres mil años después, nuevas influencias búdhicas, esta vez de orden más filosófico y más moral, se extienden por Europa y América, haciendo nacer centenares de sectas teosóficas, procedentes del dogma cristiano, pero tratando de emanciparse de él por una doctrina más libre, más en relación con los resultados de la ciencia contemporánea. Hasta por piedad, movidos por la irresistible necesidad de oír palabras divinas concordantes con su sentido de justicia, los hombres más religiosos se han separado del cristianismo con su «infierno inextinguible» y sus maldiciones eternas; y en parte alguna, como en el legado de las obras búdhicas, han hallado palabras de un misticismo más dulce y más consolador para ellos, que no prefieren á todo el rudo combate del trabajo contra la invasión y contra el error. La influencia religiosa de la India sobre la Gran Bretaña tiene indudablemente más importancia en el desarrollo humano que la totalidad de las conversiones obtenidas por los misioneros en las Indias.

Cada religión presenta grandes contrastes entre sus dos categorías de fieles, los que tratan de penetrarse de un ideal de elevación infinita y los simples observantes que, por el número de los reglamentos, no tienen un solo momento de vida libre para sentir ó para pensar. En este concepto, el budhismo es seguramente la religión que nos ofrece los extremos más notables: de un lado almas puras todo bondad, del otro seres estúpidos, embrutecidos, que no oyen más que el rumor de su molino de oraciones. Los monjes budhistas de Siam, del Tibet y de la Mongolia están de tal modo ocupados por las observancias y molestados por las prohibiciones, que les sería absolutamente imposible vivir si novicios y sirvientes, lo mismo que la ínfima plebe, no trabajara para ellos. La regla prohíbe á los monjes cavar la tierra; plantar y sembrar, porque podrían matar algún animalillo; cocer arroz ó cualquiera semilla, porque destruirían el germen; trepar á los árboles, porque romperían ramas ó ramillas; encender ó apagar una llama por temor de quemar á un

ser viviente ó de causar daño al fuego, que tiene también el don de vida; de forjar hierro, porque las chispas perecen en el aire. Y si infringen una de esas mil prohibiciones, pierden el beneficio de sus maceraciones anteriores y recaen al último de los infiernos para comenzar de nuevo la terrible peregrinación terrestre¹. La necesidad de certidumbre en la adquisición, sea de una reencarnación feliz, sea de la salud del alma eterna, lleva al budhista como al católico á establecer su libro de cuentas, á clasificar el valor positivo ó negativo de sus diferentes actos, á numerar, á tasar sus pecados y sus buenas obras según su importancia, á tener á la vista por medio de cifras exactas las faltas y las expiaciones. Tantas oraciones especiales bastan para contrarrestar y, por consiguiente, rescatar tal incumplimiento del deber religioso; tantos rosarios rezados corresponden exactamente á tantos malos pensamientos. Entre ciertos budhistas chinos, los méritos y los deméritos están tasados estrictamente; el mérito de dar libertad á un pájaro se anula por el demérito de haber desenterrado un insecto en invierno; los cien méritos que vale el cumplimiento de una promesa de matrimonio con una joven pobre se destruyen por los cien deméritos que castigan al hombre culpable de haber comido buey ó perro.

Con tal régimen se detienen forzosamente toda iniciativa personal, lo mismo que toda influencia política de conjunto: la nación llega á ser completamente nula en el equilibrio del mundo. Hasta el país se despuebla en Mongolia y en el Tibet, donde hay distritos en que la cuarta parte, la tercera y aun la mitad de los habitantes han tomado el hábito y el bonete de monje. Libikow² afirma — lo que parece muy dudoso — que la población tibetana, reducida actualmente á tres millones de individuos, ha disminuído unas nueve décimas partes por efecto de la claustración general y de las epidemias, consecuencia de una falta de energía vital. No es extraño, pues, que esas extensas comarcas del Asia central pertenezcan de antemano á los conquistadores que se presenten. En otro tiempo, tributarios de los Chinos, los Mongoles se apresuran á hacerse vasallos

¹ Colquhoun, *Amongst the Shans*; — Hallert, *A thousand Miles on an Elephant*; citados por A. H. Keane, *Man, Past and Present*, p. 210.

² *Visite de Lhasa en 1900*.

de Rusia, y los Tibetanos, á quienes tan fácil sería defenderse, puesto que cuentan como aliados con el suelo y el clima, se preparan también, como animales estúpidos, á doblar la cerviz ante el yugo del nuevo dueño. ¿Qué fuerza de resistencia puede ofrecer un pueblo donde un viajero que explora el Tibet puede permitirse comprar un templo con todo su sagrado mobiliario y todo su personal de sacerdotes y

oficiantes, presentándose como un budha encarnado en las regiones occidentales¹?

El trabajo es demasiado intenso en China y la nación está harto bien adiestrada atávicamente en la conservación de los cultivos, para que los monjes holgazanes no sean generalmente



Cl. P. Sellier.

TORO DE MYSORE (MAISSUR), INDIA MERIDIONAL
tallado en una roca aislada.

despreciados. En aquellas comarcas el budhismo ejerce su influencia por la superioridad de su doctrina, y las ideas de solidaridad y de benevolencia universales reemplazan en la enseñanza á la rutina del pecado. En el Japón, donde el impulso de la nación tampoco permite el dominio de una religión puramente soñadora y contemplativa, lo que queda del budhismo se ha transformado en una moral de afecto poético hacia la Naturaleza, los hombres, los animales y todo lo que existe². Entre los Cinghaleses y los Barmanes, los budhistas más fieles á la antigua práctica de la igualdad y de la libertad moral absoluta, la tolerancia recíproca es verdaderamente perfecta. Jamás se permitirá nadie criticar las maneras de obrar ni las ideas de su prójimo³. Pero ¿qué es eso más que la muerte del pensamiento?

Bajo diversas formas todas las religiones evolucionan hacia la

¹ L. Austine Waddel, *The Buddhism of Tibet*.

² Lafcadio Hearn.

³ H. Fiedling, *The Soul of a People*.

desaparición del dogma que las diferencia y que las hace mutuamente intolerantes, debido á que ha entrado en el mundo una nueva fuerza, primero en la mente de algunos matemáticos, naturalistas y filósofos, después obligando á sus discípulos á la reflexión y apoderándose poco á poco de una parte considerable de la sociedad. Esta fuerza es la que da el conocimiento del número y de la medida, trayendo consigo más precisión en el pensamiento, más método en los razonamientos, más ponderación en los consejos, y, por consiguiente, mayor equilibrio moral. El lugar que la religión, es decir, el miedo, la ilusión, el vago ideal, ocupaba en el «alma», es ocupado en proporción creciente por la serenidad de la razón, por el «libre pensamiento». No hay duda que ese trabajo de eliminación y de sustitución se hace muy gradualmente, y que la evolución histórica no es perceptible para las gentes de cortos alcances que no saben comparar las cosas de los siglos anteriores, pero las transformaciones no dejan ni dejarán de producirse. Los odios religiosos sostenidos tan fervorosamente por las generaciones sucesivas durante el largo curso de las edades, persisten en muchas almas que aún sueñan con persecuciones, con degüellos y con la combustión de víctimas á fuego lento, pero los hijos de los antiguos perseguidos, dispuestos hoy á defenderse, han obligado á sus enemigos á moderar la intemperancia del lenguaje tradicional, y, por un fenómeno de reacción inevitable, las costumbres, como las palabras, han acabado por acomodarse al nuevo medio.

Algunos teólogos ortodoxos, que, en plena sociedad moderna, son como los «testigos» que dejan los cavadores en una llanura nivelada, sostienen, sin embargo, con ferocidad la doctrina constante de la Iglesia, relativa al castigo de los herejes: de ese modo puede la historia contemporánea establecer útiles comparaciones entre el presente y el pasado. El jesuíta de Luca, profesor en la Universidad vaticana de Roma, en su libro de jurisprudencia eclesiástica, publicado en 1901, se expresa como sigue: «La autoridad civil debe aplicar al hereje la pena de muerte, por orden y á cargo de la Iglesia: en cuanto la Iglesia le ha entregado el hereje, éste no puede librarse de tal pena. Incurren en ella, no sólo los que han renegado de su fe, sino también aquellos que han mamado la

herejía con la leche materna y persisten en ella con tenacidad, lo mismo que los reincidentes, aunque quieran convertirse de nuevo». ¿No se ha visto aún en 1898, el 17 de Julio, al catolicismo oficial representado por los más altos dignatarios de la Iglesia celebrar con solemne pompa el recuerdo de un auto de fe de cinco Judíos, quemados, después de atormentados, en una plaza de Bruselas? So pretexto de congreso eucarístico y de una fiesta arquitectónica, la Iglesia, después del transcurso de cinco siglos, se ha declarado solidaria de un abominable crimen, producto de la más ridícula ignorancia, porque aquellos Judíos estaban acusados de haber acuchillado unas hostias de las cuales manó la sangre del Hombre Dios. En nuestros siglos de paz, á pesar de la pretendida separación de los po-



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

BONZO ANNAMITA

deres, los tribunales y las administraciones se ponen de muy buen grado al servicio de la Iglesia para condenar á sus enemigos. El *Index* de Roma suele encontrar eficaz apoyo entre los jueces civiles. Así se ha visto que el *Testamento* del cura Meslier, que el Parlamento de París condenó al fuego antes de la Revolución francesa, fué también destruido medio siglo después, como «atentatorio á la moral política y religiosa», por el tribunal correccional del Sena (1824), por la Audiencia del Norte (1835), por el Tribunal real de